

los últimos cuarenta años. En primer lugar, la importancia del Convenio de Cooperación para la Defensa de 1988, pues permitió renovar la relación de los países desde el punto de vista militar, logrando situar a España como un socio fiable en todos los aspectos. En segundo lugar, el impacto que han tenido los cambios de Gobierno (PSOE-PP) en las relaciones entre España y EEUU, los cuales han generado momentos de acercamiento y distanciamiento en función del inquilino de la Moncloa. No obstante, siempre dentro de la cooperación y la amistad. Y, en tercer lugar, la huella que ha dejado en estas relaciones la consolidación de España como potencia media, con agenda internacional propia y con su presencia en organismos multilaterales.

En definitiva, esta obra coral coordinada por Lorenzo Delgado permite reflexionar sobre cómo la primera potencia mundial del siglo XX se acercó a España, los motivos por los que lo hizo y cuál fue el impacto en las relaciones bilaterales y en la configuración progresiva de una política exterior española.

Gómez Bravo, Gutmaro y Martínez López, Diego, *Esclavos del Tercer Reich. Los españoles en el campo de Mauthausen*, Madrid, Cátedra, 2022, 407 pp.

Por José Luis Rodríguez Jiménez
(Universidad Rey Juan Carlos)

Gutmaro Gómez Bravo, profesor en la Universidad Complutense y director del Grupo de Investigación Complutense de la Guerra Civil y el Franquismo (GICGCF), y Diego Martínez López, profesor en la Universidad Francisco de Vitoria, han escrito el estudio más completo y mejor contextualizado sobre los españoles en el campo nazi de Mauthausen. Partiendo de la revisión de la bibliografía disponible y una rica aportación de nuevas fuentes documentales (NARA y Home Office Papers y Foreign Office en los Archivos Nacionales de Londres, entre otras), los autores explican con un excelente ritmo narrativo cómo y por qué varios miles de los españoles exiliados a causa de la Guerra Civil fueron detenidos en Francia y llevados a campos de la red nazi, la mayoría a Mauthausen. En Francia casi medio millón de españoles fueron calificados de extranjeros residentes y refugiados, a continuación internados en campos de concentración, después una parte utilizados como mano de obra y como combatientes durante la Segunda Guerra Mundial, y finalmente tratados como indeseables por

el Gobierno de la Francia de Vichy. Lo siguiente fue que más de diez mil de los capturados por la Wehrmacht dejaron pronto de ser considerados emigrantes para ser *rotspanier*, españoles rojos, que serían empleados como trabajadores forzados. Tal vez influyera que el régimen de Franco no reconoció la existencia de estos prisioneros, de lo que fue informado; no obstante, si bien las autoridades franquistas solicitaron a las alemanas y a las de la Francia de Vichy la entrega de personalidades de la Segunda República, no interfirieron en la deportación de exiliados a campos alemanes. Así las cosas, una parte de los españoles pasaron del control militar al político, de internados en campos alemanes para prisioneros de guerra, los *stalag*, a presos en *custodia protectora*, como parte “del programa de utilización de prisioneros de guerra de los territorios ocupados dirigido por la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA), que, desde octubre de 1939, coordinaba su clasificación y conversión en presos políticos a través de la aplicación de las medidas de *custodia protectora*” (p. 13). Era esta una figura del derecho penal nacionalsocialista aplicada, paulatinamente, a asociales, delincuentes profesionales, opositores políticos, judíos y a todo colectivo considerado enemigo del Reich, quienes, una vez cumplida su pena, podían ser transferidos para custodia de seguridad por tiempo indeterminado. Por orden de septiembre de 1940 del jefe de la policía de Seguridad, se especificaba la aplicación de la custodia a los alemanes alistados en las Brigadas Internacionales y a los combatientes *rojos españoles* detenidos en la Francia ocupada y en otros estados, o que hubieran tomado una posición crítica contra Alemania. Serían sacados de prisión y traspasados a la policía secreta estatal, y enviados “al campo de concentración que esta oficina indique”; la medida ya había sido aplicada a checos y polacos cuando sus países fueron ocupados. Más de diez mil *ratspanier* recibieron un triángulo azul con una S, *spanier*, bordada en el centro, que los clasificaba como emigrantes o apátridas españoles, lo que no se correspondía con la naturaleza y motivos reales de su detención y traslado, pero que no modificó su tratamiento como presos políticos en custodia protectora, que fue la categoría compartida por todos los reclusos españoles en la red concentracionaria alemana. Así sucedió con los conducidos a Mauthausen, mientras que en otros recintos del KL, campos de concentración, los españoles recibieron el distintivo rojo, de presos políticos.

El libro se enmarca en el conocimiento de la red de campos de concentración nazis, de trabajo y de exterminio, aunque la distinción según objetivos iría diluyéndose, y se centra en el campo de Mauthausen, abierto en 1938 junto a una cantera de granito propiedad de las SS a través de la empresa Deutsche Erd-und Steinwerke, situada a unos 3 km del pueblo del que tomaba el nombre. El ensayo ofrece en su primera parte un recorrido por la Europa dominada por el Tercer Reich y la inserción de los españoles en la red de terror creada por el nazismo para el exterminio sistemático acorde a las ansias de “limpiar” la sociedad alemana, que era el punto principal del programa nazi. El de Mauthausen fue concebido como campo productivo, de bienes destinados a la creación de monumentos y ciudades alemanas, formó parte de los campos cantera y las condiciones para la supervivencia eran de extrema dureza. Al jerarquizar los campos a comienzos de 1941, Mauthausen fue el único recinto incluido en la tercera categoría, la reservada a *incoregibles*; el objetivo de rentabilidad era relativo, ya que, como en Flossenbürg, en sus inicios el objetivo era menos la producción que el castigo y la muerte por agotamiento. En 1939, el campo recibió los primeros prisioneros, de nacionalidad polaca, que, con los soviéticos, serían los dos contingentes de mayor número, seguidos por los españoles; si bien, en varios estudios de Mauthausen se denomina a este como el campo de los españoles, debido a que ningún otro grupo nacional acumuló más miembros en puestos relevantes en la administración y a su participación decisiva en la construcción del recinto. De entre todas sus partes, se convirtieron en emblemáticas la cantera y la escalera irregular de piedra, primero de 160 y después de 186 escalones, por la que los presos subían cargando grandes piedras. Una escalera cuyo diseño buscaba el castigo físico y moral.

La segunda parte explica la vida dentro del campo. Como los polacos, soviéticos, húngaros, checos, franceses y presos de otras nacionalidades, y gitanos y deportados políticos en general, como era su caso, los españoles trabajaron en la construcción del campo y en la extracción de piedra de la cantera, y también en los recintos subsidiarios de la red de Mauthausen, siendo Gusen (donde había otra cantera) el principal. No se sabe la cifra exacta de prisioneros en Mauthausen, pues Himmler ordenó destruir las pruebas de los crímenes y personal de las SS destruyó gran parte de los archivos antes de huir. Fueron

al menos 7.251 los españoles, que representan más del 70% del total de españoles en campos de concentración nazis. Comenzaron a llegar durante la segunda mitad de 1940 (la orden oficial es de septiembre), aunque la mayoría lo hizo en 1941 y 1942. Una parte habían trabajado en la construcción de las defensas francesas, por lo que cabe pensar que se valoraba su experiencia como obreros especializados, y otros habían sido apresados por actividades contrarias a la ocupación alemana y al régimen colaboracionista de Vichy. Según el recuento de las fichas de internos, los muertos fueron 4.435, cifra que remite a un recinto de trabajo y exterminio; de los 2,3 millones de personas destinadas a campos de mano de obra esclava, sobrevivieron unos 450.000. En general, una vez que a las personas ya no se les podía extraer nada provechoso para el Reich, por incapaces de trabajar, debían morir. No obstante, gran parte de los ingresados eran asesinados, no a plazos, con el trabajo extenuante, la insalubridad y la deficiente alimentación, sino mediante acciones no sistemáticas consistentes en duchas de agua fría, ahogamiento, electrocución, inyecciones de fenol, aire o gasolina, o arrojados a un barranco. Además, los nuevos métodos de exterminio ideados en Sachsenhausen llegaron a Mauthausen y Gusen, el gaseado mediante zyklon B, primero en camiones móviles y desde 1941 en una cámara.

Como muestran los autores, la voluntad de acelerar la muerte de los reclusos y el principio de que el castigo y la humillación eran más importantes que la producción fueron cuestiones rectificadas en 1942, por imperativos económicos. Ahora se ampliaron las instalaciones, mediante recintos secundarios, para que empresas privadas utilizaran la mano de obra esclava para intentar sostener las capacidades industriales. Esto exigía más mano de obra y que los prisioneros vivieran más tiempo. A su vez, al profesionalizar una parte de los trabajos desempeñados, fue preciso incorporar presos políticos al sistema administrativo de los campos, pues eran estos los que tenían mejor formación; esto dio lugar a “un permanente contacto directo con la autoridad y un buen número de oportunidades de congraciarse” con los verdugos (p. 286). La tercera parte, que comprende los años 1944-1945, analiza la descomposición y la debacle del Tercer Reich. Paulatinamente, se produjo una reducción del dominio territorial del Reich, y con esta el descenso de la implicación de la mano de obra esclava en los esfuerzos de guerra alemanes. Las condiciones de vida se

deterioraron, cada vez más, a causa de la llegada de prisioneros de campos situados más al este, y con el hacinamiento aumentó la mortalidad. No obstante, a mediados de 1944 un número importante de españoles formaba parte de los principales núcleos del control y distribución de bienes, y este aspecto, junto con la cohesión y solidaridad permitieron un excepcional grado de supervivencia individual y grupal. También hubo evacuaciones en Mauthausen, en condiciones espantosas, y, como en todos los campos, los nazis intentaron borrar las huellas de sus crímenes. Para ello tuvieron más tiempo, pues Mauthausen fue de los últimos en ser liberados, el 5 de mayo de 1945, por la XI División Acorazada del Ejército de los Estados Unidos. A las tropas norteamericanas, les siguieron la Cruz Roja y los servicios médicos. Para los españoles, la liberación no les supuso, en general, el retorno a casa, pues fueron pocos los que se atrevieron a regresar a la España franquista. No recibieron el estatuto de refugiados internacionales hasta 1951, que sumaron al de víctimas del nazismo.

López Luque, Francisco Javier y Alcalde Sánchez, Ignacio, *DEIXIS. Un nuevo amanecer (vol. 1-2)*, Córdoba, UCOPress, Editorial Universidad de Córdoba, 2023.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
(Universidad de Córdoba)

El papel jugado por Córdoba a lo largo de los siglos XIX y XX no puede ser calificado de relevante en la mayoría de los ámbitos que tradicionalmente han sido objeto de atención por parte de la historiografía y otras ciencias sociales. Tras un pasado sin duda protagónico, la ciudad y su entorno pareció sumirse en una situación de letargo, de decadencia y melancolía, que sería percibida tanto por sus habitantes como por visitantes externos. Este sentir, enmarcado por una visión romántica muy acusada, no deja de ser sino una consecuencia de un contexto socioeconómico y político muy marcado. En este sentido, el complejo y acelerado proceso de adaptación de todo el país a las características de la contemporaneidad no siempre pudo ser bien acompasado en una capital de provincias ajena a los focos dinamizadores del momento.

En este sentido, autores de la Generación del 98, como Baroja o Azorín, nos han legado importantes testimonios de este retrato que sería permanente, a grandes rasgos, durante buena parte del siglo XX. Esta visión, no obstante, cuenta con

importantes excepciones en diversos ámbitos, por su prestancia y dinamismo, que justamente cobran mayor valor al comprender el contexto general de la ciudad y su entorno. Las décadas de 1920 y 1930 serían, en este sentido, un cierto paréntesis de esta situación general de quietismo con una fuerte efervescencia social y política (tanto en la ciudad como en la provincia) así como de una deslumbrante producción cultural (baste recordar a quien mejor retrató el arquetipo cordobés, Julio Romero de Torres). Por el contrario, la imposición de la dictadura franquista no podía significar sino el marchitamiento de toda efervescencia.

La dictadura franquista representaba, en sí misma, la imposición de la tradición, en su peor sentido, y el anquilosamiento de toda forma de modernidad. El nuevo modelo sociopolítico, sin margen para la disidencia y la innovación, imponía como única salida para tantos cordobeses la emigración o el exilio. En este contexto, no obstante, se encontrarían las circunstancias apropiadas para el desarrollo de un cierto movimiento intelectual y político, de carácter más efervescente, que se cuestionaba muchos de los pilares de la sociedad del momento y planteaba formas de mejora y crecimiento tanto en el plano personal como social.

Este movimiento, de fuerte singularidad en el contexto andaluz, tendrá un valor muy relevante en una ciudad marcada justamente por el peso de la tradición y acabará influyendo en diversos ámbitos de la cultura y la política. Esta presencia de lo tradicional jugará, en este caso concreto, en sentido contrario, pues será justamente desde el entorno de una institución como la Iglesia donde germinará esta inquietud. Escritores, artistas, intelectuales y otros ciudadanos protagonizarán una cierta efervescencia social y cultural que muchos estudiosos, posteriormente, han considerado como un modo primigenio de contestación social y lucha antifranquista.

El heterogéneo magma en el que se desarrollan estas inquietudes estará marcado por influencias diversas, desde el cristianismo de base al marxismo, desde visiones claramente individualistas a otras marcadas por su preocupación por la problemática social. La importancia del mismo es, por tanto, claramente reconocida tanto en el ámbito estrictamente cultural como por su influencia en la movilización y organización social y política de la capital. Su análisis, sin embargo, es complejo por la propia naturaleza del obje-